

ROLE OF THE LATIN AMERICAN ILLUSTRATION IN THE GESTATION OF INTEGRATION CULTURE

Resumen

Este artículo de investigación analiza mediante una metodología cualitativa la importancia de los pensadores de la Ilustración latinoamericana en la gestación de la cultura integracionista. Entre los principales elementos que demuestran esta afirmación se encuentran: su contribución en la reivindicación de los valores vernáculos de los pueblos originarios, su labor en la conformación inicial de la identidad regional o nacional o de americanidad, sus reclamos por la eliminación de injustas formas de explotación de los sectores populares, en particular de los indígenas y la esclavitud de los africanos. También se destacaron sus propuestas de modernización, no solo de la infraestructura económica y tecnológica, sino de las instituciones educativas y culturales, así como sus luchas contra todo lo ideológicamente obsoleto. Fueron muy significativas sus reclamaciones de los derechos políticos y sociales de los pueblos, con propuestas precoces de reformas políticas, las cuales, al fracasar, propiciaron la decisión de tomar las armas para luchar por la independencia.

Palabras clave

Ilustración, Latinoamérica, cultura, integración.

Abstract

This research article analyze with a qualitative methodology the relevance of the thinkers of the Latin American Illustration in the gestation of integrationist culture. Among the main elements that demonstrate this affirmation are: their contribution to the vindication of the vernacular values of the original peoples, their work in the initial formation of regional or national identity or of Americanness, their claims for the elimination of unjust forms of exploitation of popular sectors, particularly indigenous peoples and African slavery. His proposals for modernization were also highlighted not only of the economic and technological infrastructure, but of educational and cultural institutions, as well as their struggles against all that is ideologically obsolete. Their claims of peoples' political and social rights with early proposals for political reforms were very significant, which, when they failed, led to the decision to take up arms to fight for independence.

Keywords

Enlightenment, Latin America, culture, integration.

PAPEL DE LA ILUSTRACIÓN LATINOAMERICANA EN LA GESTACIÓN DE LA CULTURA INTEGRACIONISTA

*Pablo Guadarrama González**
Universidad Católica de Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.30.2.6>

Para una cabal comprensión del proceso de gestación de la cultura integracionista latinoamericana, que se inicia propiamente durante el despliegue de la Ilustración –si bien puede haber tenido fermentos muy preliminares en el período anterior, durante el proceso de la conquista y la colonización– se debe partir del presupuesto de su indispensable nexos con otros elementos esenciales propiciadores de la “malograda modernidad” en esta parte del continente.

Entre esos se destacan la reivindicación de los valores vernáculos de los pueblos originarios, la conformación inicial de la identidad regional o nacional o de americanidad, los reclamos por la eliminación de injustas formas de explotación de los sectores populares, en particular de los indígenas, y la esclavitud de los africanos, así como las propuestas de modernización, no solo de la infraestructura económica y tecnológica, sino de las instituciones educativas y culturales, y las luchas contra todo lo ideológicamente vetusto, articuladas con el

* Doctor en Filosofía (Leipzig). Doctor en Ciencias (Cuba). Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Profesor Emérito de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas (Cuba). Autor de varios libros sobre pensamiento filosófico latinoamericano. Investigador Senior (Colciencias), actualmente es profesor de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia-Università degli Studi di Salerno. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4776-2219>. Contacto: pabloguadarramag@gmail.com

El artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado con el Grupo “Aldo Moro” de la Maestría Internacional en Ciencias Políticas de la Universidad Católica de Colombia-Università degli Studi di Salerno.



reclamo de derechos políticos y sociales mediante propuestas precoces de reformas políticas, las cuales, al fracasar, propiciaron la decisión de tomar las armas para luchar por la independencia. Sin estos nuevos factores favorecidos por el pensamiento ilustrado y la praxis que de él se deriva, resulta difícil valorar el preliminar proceso de gestación de la cultura integracionista latinoamericana. De ahí que el análisis de dichos factores sea el objetivo principal del presente estudio.

No por sabido debe subestimarse la extraordinaria significación de la Ilustración en el plano universal de consolidación de la modernidad para que el capitalismo pudiese desplegar sus potenciales capacidades –especialmente productivas, tecnológicas y económicas, como lo demostraría la Revolución Industrial– y promover la emancipación respecto al antiguo régimen.

Ha sido costumbre considerar que la Ilustración constituyó un proceso engendrado de manera exclusiva en algunos países europeos, principalmente en Inglaterra y Francia, y que desde allí se irradió hacia sus vecinos, España, Alemania, Italia, etc., y posteriormente extendió sus rayos de luz a otros continentes. Esta interpretación de la historia no toma en debida consideración en qué medida las exigencias socioeconómicas y culturales surgidas en diferentes lugares del mundo han contribuido a la articulación del sistema mundo, especialmente a partir de la conformación del capitalismo, el desarrollo de la modernidad y, por tanto, la gestación del pensamiento ilustrado.

Nadie debe dudar de que en ese proceso unos países han desempeñado un papel más protagónico que otros, pero de ahí a presuponer que solo unos pueblos privilegiados han sido capaces de engendrar ideas filosóficas, políticas, jurídicas, científicas, etc., hay un largo trecho. Tal criterio sitúa a determinados pueblos colonizados o neocolonizados en una especie de infantilismo perpetuo que les obliga a depender siempre de la tutela de sus progenitores europeos.

En el caso de la Ilustración en Latinoamérica, regularmente, ha sucedido así. Se desconoce la influencia recibida de ideas provenientes de otros pueblos, no solo europeos –como el caso de los italianos– (Escobar & Maya, 2006), sino también las aportadoras reflexiones de intelectuales criollos emanadas del análisis de sus circunstancias, en los cuales sus instrumentos epistémicos se han nutrido no solo de fuentes exógenas, sino también de pensadores de sus respectivos países, así como de la elaboración propia, original y auténtica.

La Ilustración promovió un cuestionamiento de todas las instituciones e ideas hasta ese momento predominantes sobre las sólidas



bases de la razón (Restrepo, 1982, p. 121)¹, por lo que exigía a las nuevas generaciones intelectuales engrasar muy bien sus mecanismos de reflexión teórica, de manera que rompieran la inercia de la oxidada herrumbre del viejo modo de pensar.

Dado que esas concepciones anquilosadas por la escolástica se desarrollaban no solo en Europa, sino en el cuestionado Nuevo Mundo –pues cada día los arqueólogos realizan impresionantes descubrimientos de ancestrales civilizaciones originarias–, la élite intelectual de estas tierras estaba obligada a definirse ante el dilema: continuar cultivando el pensamiento anticuado o decidirse por el renovador, que, aunque se expresase en el plano teológico, jurídico o filosófico, en última instancia contenía un profundo contenido político.

Ante tal disyuntiva no debían esperar a que todas y cada una de las luminosas ideas de la Ilustración atravesaran el océano Atlántico para orientar la praxis sociopolítica y cultural en estas oscuras colonias.

Es conveniente tomar en adecuada consideración algunas particularidades de la escolástica latinoamericana, pues la mayoría de los sacerdotes que la cultivaban se vieron obligados por las circunstancias a reflexionar sobre la condición humana de los indígenas y luego de los esclavos africanos, y en consecuencia le indujeron cierta preocupación antropológica (Guadarrama, 2012, pp. 178-206), a diferencia de la escolástica europea, especialmente en la que se desarrollaría en el siglo XVIII (Roig, 1982, p. 86)².

Los ilustrados latinoamericanos confiaban en que la promoción de mejores instituciones educativas y culturales produciría en estos pueblos una transformación de tal envergadura que les permitiría disfrutar a plenitud de las conquistas de la modernidad, y entre ellas subyacía, como condición imprescindible de todas, la libertad. Por esa razón, la mayoría de ellos fueron censurados, perseguidos y encarcelados por las metrópolis coloniales. Ese es el caso, entre otros, del ecuatoriano Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1981), quien sostenía:

1. “La filosofía que emprendemos no es cartesiana, aristotélica, ni newtoniana. Nosotros no nos postraremos de rodillas para venerar como oráculos los caprichos de algún filósofo. La razón, y no la autoridad, tendrá derecho a decidir nuestras disputas”.

2. “La escolástica coetánea con el humanismo ilustrado fue decididamente ecléctica y modernizante. Como consecuencia de este hecho podríamos decir que así como el discurso humanista barroco se aproximó al espíritu trascendentalista de la escolástica de su tiempo, en la época ilustrada se produjo el fenómeno inverso, el de la aproximación de la escolástica ecléctica al discurso humanista. El hecho pareciera estar probado por la introducción dentro de los intereses de los escolásticos de la época por la problemática americana, que ha llevado a afirmar que esta escolástica puede ser considerada como una de las primeras manifestaciones, dentro de este tipo de enseñanza y de saber, de un pensamiento latinoamericano”.



¡Que es tu suerte, infelicísima, pobre ciudad de Quito! Cerradas las puertas de la enseñanza en el tiempo de la sabiduría, no veo más que el confuso torbellino de la barbarie, no veo más que padrones vergonzosísimos de una pésima educación; no veo más que esclavos abatidos y encadenados afrentosamente a la licencia, a las pasiones y al vicio. ¡Tristísima y más que desventurada ciudad, que habiendo perdido la escuela de tal doctrina, de tal cual conocimiento, buen gusto y probidad, no tienes la esperanza de recobrar ni aquellos tibios reflejos que pronosticaban la aurora y el día resplandeciente de tus más claros conocimientos y de tus doctrinas más bien tratadas! ¡Oh, si pudieses mejorar de condición, en la formación de tus niños, en la regularidad de tus jóvenes, en la sencillez de tus políticos, en la ciencia de tus doctores y en la ilustración divina y humana de todos tus miembros juntos! Podríamos ver entonces el buen artífice, el buen ciudadano, el buen padre, el buen maestro, el buen magistrado, el hombre de letras, el hombre de bien, el hombre cristiano y el hombre capaz de constituir útilmente el vínculo y el todo de la sociedad humana. (p. 167)

No es de extrañar que su postura política fuese muy censurada dada la peligrosidad que se podría derivar de sus ideas ilustradas. No en balde se convirtió también en un precursor de las ideas independentistas al impulsar el criterio de que los estudios científicos y análisis teóricos debían volcarse hacia la circunstancialidad particular de los pueblos latinoamericanos.

La Ilustración promovería al máximo los estudios de la realidad americana con métodos científicos y experimentales que dejaran atrás aquellos especulativos y abstractos predominantes en la época anterior, distantes de la ya exigida circunstancialidad. De ahí que el ilustrado neogranadino Francisco Moreno y Escandón (1982) plantearse:

Si en todo el orbe sabio ha sido necesaria la introducción de la filosofía útil purgando la Lógica y la Metafísica de cuestiones inútiles y reflejas y sustituyendo, a lo que se enseñaba con nombre de Física, los sólidos conocimientos de la naturaleza apoyados en las observaciones y experiencias, en ninguna parte del mundo parece ser más necesaria que en estos fertilísimos países, cuyo suelo y cielo convidan a reconocer las maravillas del Altísimo depositadas a tanta distancia de las sabias academias, para ejercitar en algún tiempo la curiosidad de los americanos. (p. 62)

Aquellos estudiosos de la cultura europea que no prestaban debida atención a la circunstancialidad americana encontrarían severa crítica por parte de los ilustrados más avanzados, como se pone de



manifiesto en el caso del neogranadino Francisco Antonio Zea (1982) al plantear:

Es preciso, mis queridos jóvenes, volver alguna vez sobre nosotros mismos, apartarnos de tumultuosa gritería para escuchar las quejas de la Razón ultrajada, fijar la atención sobre una Patria en que somos forasteros, examinar sus bellas proporciones, dar una mirada a los pueblos industriosos, hacer un paralelo juicioso e imparcial entre ellos y nosotros, su país y el nuestro, para formar de este modo una exacta idea de la barbarie y miseria en que vivimos, cuando parece que debíamos ser los depositarios de las ciencias y los felices hombres del universo. (pp. 95-96)

Si algo caracterizó el espíritu ilustrado fue el optimismo, tanto en el plano social como epistémico, diferenciándolo de aquellas anquilosadas posturas de resignación que había impulsado el Medioevo. La construcción de la modernidad demandaba ejercer severas críticas a todo lo que frenase el progreso.

Similar actitud asumiría el cubano Manuel del Socorro Rodríguez (1982), radicado en Bogotá, donde desarrolló una extraordinaria labor cultural al reivindicar la necesidad de estudiar no solo las culturas foráneas, sino también la vernácula. En consecuencia, sugería: "(...) No hay un camino más seguro de ilustrar hasta la gente más común, que el de poder ésta hacer uso de todos los escritos de sus sabios" (p.105). Pero para lograr ese objetivo era condición indispensable promover un mejor conocimiento y utilización de la lengua castellana, que se hablaba en los países latinoamericanos:

Desengañémonos de que el idioma no es más que un instrumento para dar a conocer las ideas y conceptos de nuestro espíritu, que la sabiduría no adquiere ningún esplendor esencial ni accidental porque se explique en este o en aquel lenguaje y que las ciencias se podrán extender en una nación si no son tratadas en el idioma patrio. (p.106)

Resulta un hecho indiscutible que la orientación de los estudios hacia la realidad latinoamericana –tanto de la riqueza y diversidad de su naturaleza, como de los valores culturales de sus distintos pueblos, que, aunque diferentes en diversos aspectos, tenían muchos más elementos comunes que extraños– constituyó una premisa indispensable para propiciar la cultura integracionista, porque un pueblo propende más a la unión con otros cuando conoce las particularidades de aquellos, así como las propias.



El hecho de que el capitalismo se haya iniciado en Europa no significa que fuese un proceso exclusivo de ese continente, pues desde que surge propiamente el mercado mundial –con el bojeo de África, que propicia el acceso colonizador hacia el extremo Oriente y el llamado “descubrimiento” de América, que en verdad resultó un “encubrimiento”– se irá conformando el “sistema mundo”, el cual articulará orgánicamente a todas las regiones del orbe mediante relaciones de interdependencia que propiciarían más nexos integradores que los contrarios. Por supuesto que estos se establecerán como relaciones de dependencia de los pueblos conquistados y colonizados respecto a las distintas metrópolis –pero, a su vez, estas últimas estarían sujetas a las fuentes de materias primas y al trabajo esclavizado–, los cuales han revivido hasta hoy de múltiples formas.

La cultura integracionista, como toda ideología, evolucionará y tendrá diversas expresiones, pues no será la misma la que se genera en los países centrales que en los periféricos, tanto durante el inicio de la modernidad como en la actualidad.

Los europeos se acostumbrarían a asumir en su cultura productos esenciales para su alimentación trasplantados de sus colonias, como la papa y el maíz, e incorporar como naturales en su consumo otros exóticos, como el café, el té, el tabaco, el chocolate, la seda, los condimentos, las plantas medicinales, etc. De igual forma admirarían algunas de las instituciones, concepciones y hasta valores éticos y estéticos de aquellos pueblos dominados, como se puso de manifiesto en el caso del pensamiento utópico.

A su vez, en ese proceso universal de transculturación los pueblos americanos irían haciendo propios no solo productos elaborados, sino también concepciones, instituciones, expresiones artísticas y formas de vida europeas. De tal manera, en ese mestizaje universal y en esas migraciones, que siempre han existido en la historia de la humanidad, los criterios sobre las formas de integración de los pueblos han variado y han dependido, ante todo, de la perspectiva asumida por el dominador o por el dominado.

Este hecho no debe conducir a pensar que la cultura integracionista es un producto exclusivo del pensamiento europeo. Si bien este ha contribuido –como en otras expresiones de la cultura universal en su orgánica articulación con las específicas (Guadarrama & Pereliguin, 1998)– significativamente a su conformación, de igual modo los pueblos dominados, como es el caso de los latinoamericanos –de la misma manera que los norteamericanos, africanos y asiáticos también–, han contribuido a su gestación y promoción desde que la Ilustración se



conformó como un proceso universal. Esto significa que no debe ser atribuido solo a aquellos que iniciaron la expansión del capitalismo.

En la misma medida que las relaciones de producción, cambio y consumo de raigambre capitalista se fueron desarrollando durante la época colonial en América Latina, fue surgiendo una población criolla –una élite de funcionarios y una intelectualidad cada vez más articulada al sistema mundial de dicha formación económico social, pero no como simple receptora pasiva, sino también como cogestora–, así como los instrumentos ideológicos e instituciones propios de la modernidad, por lo que estos deben ser considerados activos sujetos en su conformación, como lo es también de la Ilustración. Esta última no debe ser concebida simplemente como generadora de productos culturales, sobre todo de ideologías, que en forma de anhelada dosis los criollos aguardaban recibir con beneplácito en cada barco llegado de Europa para su inmediato e indiscriminado consumo.

Un criterio de tal naturaleza no solo es erróneo, sino peligroso en la actualidad, pues puede conducir a que las nuevas generaciones desarrollen el hábito de considerar que las soluciones a los problemas de sus respectivos países deben llegar por internet.

Para que un pueblo cultive el ideal de integrarse con otros debe sentir, al menos, algún tipo de orgullo de identidad por su respectiva historia, antecedentes de luchas, composición étnica, valores culturales, etc., y a la vez observar en los que desean establecer nexos unificadores algunos rasgos similares que propicien tales procesos de articulación.

A juicio de Cintio Vitier (1999):

Lo primero que integró a América, entonces, fue la humillación y el sufrimiento; fue, en verdad, su propia desaparición, la de su faz autóctona. No ocurrió esto, desde luego, sin una fuerte y tenaz resistencia que en algunas regiones continuó durante toda la Colonia. Utopía y expoliación hispánicas + resistencia y sufrimiento indígenas fueron, pues, los primeros factores integracionistas del Nuevo Mundo, por primera vez así concebido. (p. 8)

De manera que debe considerarse que un factor de unificación social lo constituye siempre la lucha por determinadas conquistas: permite que los grupos humanos, tribus, pueblos, etc., a pesar de sus diferencias e incluso de confrontaciones anteriores, establezcan estrechos nexos para enfrentar un adversario común, como en este caso era el conquistador ibérico.



Las primeras manifestaciones de americanidad se pusieron de manifiesto en diversas protestas de caudillos populares e insurrecciones, no solo de indígenas y esclavos, sino también de criollos que se incrementaron desde inicios del siglo XVIII. Entre ellas se destacan la insurrección de los cultivadores de tabaco en Cuba en 1718; la de los Comuneros del Paraguay en 1721, dirigida por José de Antequera y Castro; la de Minas en Brasil en 1720, promovida por Pascual da Silva Guimarães y Felipe dos Santos; el levantamiento popular de Cochabamba de 1730, al frente del cual estuvo Alejo Calatayud; la rebelión contra el monopolio comercial comandada por Andrés López del Rosario (“Andresote”) en Venezuela, en 1731; las insurrecciones de los araucanos en Chile, en 1751; el *motín del tabaco* en México en 1755; la *agitaciones quiteñas* en 1765 y la más significativa, dada su repercusión más allá del Perú, sería la de Túpac Amaru en 1780, así como la de los Comuneros en la Nueva Granada en 1781, dirigida por José Antonio Galán, entre otras (Ocampo, 1981, pp. 51-70).

Estos levantamientos populares, independientemente de que tuviesen motivos diferentes, expresaban el grado de inconformidad, no solo de indígenas y esclavos africanos, sino también de campesinos, artesanos, empresarios y funcionarios criollos, e incluso de algunos españoles que advertían ya la necesidad de que estas colonias dejaran de serlo y se incorporaran al mercado mundial para la conformación de la vida moderna de forma más activa y beneficiosa para sus respectivos pueblos. Al respecto, Isabel Monal (1985) señala:

Mediante cambios y acomodamientos se buscaba modificar el régimen existente haciéndolo más moderno. Consciente de sus propios intereses y necesidades, aquellos hombres comenzaban por demostrar la capacidad de los americanos para disponer por sí mismos de sus destinos y para buscar las soluciones adecuadas a sus problemas; aquello era sin duda una forma diferente de concebir las relaciones que habían existido hasta entonces. (p. 175)

En la misma medida en que se propiciara la cultura independentista, se propiciaría la gestación de la integracionista, pues los ilustrados latinoamericanos cada vez tenían mayor conocimiento y comunicación con los demás pueblos del continente, por lo que comprendían mejor que sus demandas eran similares y sus perspectivas de solución reclamaban que no se efectuaran de manera aislada, sino debidamente articuladas, como lo demostrarían posteriormente los ejércitos liberadores.



La proliferación de estudios sobre la diversidad de plantas, animales, ríos, recursos minerales, etc., del continente americano contribuiría significativamente a cultivar el sentido de identidad, el orgullo y el amor por el medio geográfico y, a su vez, favorecería el desarrollo del sentido de unidad a través de las culturas nacionales (Paladines, 1991, p. 310)³ y del sentimiento patriótico. En relación con esta cuestión Germán Marquínez (1982) ha sostenido:

Gracias al estudio de las ciencias útiles, los ilustrados ponen sus miras en la investigación de la naturaleza americana y surge en ellos, al mirarla tan bella y pródiga en riquezas, una admiración infinita y un acendrado patriotismo. Este patriotismo telúrico en últimas derivará hacia un patriotismo político, que desembocará en la emancipación. (p. 115)

Precisamente una condición esencial para propiciar procesos de integración con otros pueblos está referida al patriotismo. Fueron numerosos los ilustrados latinoamericanos que expresaron ese sentimiento, como el caso del dominico cubano Félix Varela (1997) cuando señalaba:

Al amor que tiene todo hombre al país en que ha nacido, y al interés que toma en su prosperidad le llamamos patriotismo. La consideración del lugar en que por primera vez aparecimos en el gran cuadro de los seres, donde recibimos las más gratas impresiones, que son las de la infancia, por la novedad que tienen para nosotros todos los objetos, y por la serenidad con que los contemplamos cuando ningún pesar funesto agita nuestro espíritu, impresiones cuya memoria siempre nos recrea; la multitud de objetos a que estamos unidos por vínculos sagrados, de naturaleza, de gratitud y de amistad: todo esto nos inspira una irresistible inclinación, y un amor indeleble hacia nuestra patria. En cierto modo nos identificamos con ella, considerándola como nuestra madre, y nos resentimos de todo

3. "Por otra parte, se creyó que era ineludible la creación de una cultura nacional, para realizar la integración del país, toda vez que la mediación de la literatura y más exactamente de "las letras", como solía decirse en aquellos tiempos, conduciría ineludiblemente a la aceptación y valoración, por parte de la comunidad, de su propia personalidad. El idioma, la raza, la religión, la lengua o la geografía se convirtieron, por lo tanto, en la materia prima que sería elaborada por el arte y la literatura para conformar una "conciencia nacional", por medio de la cual la sociedad fragmentada recuperaría su unidad en diferentes niveles: en el de resolución de las contradicciones entre intereses regionales y locales; en el de reconciliación entre sociedad civil y Estado; en el del acuerdo entre los intereses particulares y los correspondientes a la comunidad. (...) La cultura y la conciencia nacionales habrían de producir el terreno común y la igualdad de fines que hacían falta a una desarticulada nación, y de allí el papel hegemónico o protagónico que se asignó a este tipo de quehacer. Por todo lo anterior, se podría bautizar a este proyecto como "culturalista" y, sin desconocer sus méritos e interesantes propuestas, plantear los reparos provenientes de su sobrevaloración de la esfera cultural, que condujo a un optimismo romántico que bordeaba los límites de la utopía, en el sentido peyorativo que a este término se suele asignar".



lo que pueda perjudicarla. Como el hombre no se desprecia a sí mismo, tampoco desprecia, ni sufre que se desprecie a su patria que reputa, si puedo valerme de esta expresión, como parte suya. De aquí procede el empeño en defender todo lo que la pertenece, ponderar sus perfecciones y disimular sus defectos. (p. 434)

Ahora bien, en su caso este sentimiento no se limitaba a considerar como patria solo aquella isla donde había nacido, sino a toda la América, como puede apreciarse en esta declaración:

Cuando yo ocupaba la Cátedra de Filosofía del Colegio de S. Carlos de la Habana pensaba como americano; cuando mi patria se sirvió hacerme representarla en Cortes, pensé como americano; en los momentos difíciles en que acaso estaban en lucha mis intereses particulares con los de mi Patria pensé como americano; cuando el desenlace político de los negocios de España me obligó a buscar un asilo en un país extranjero por no ser víctima en una patria, cuyos mandatos había procurado cumplir hasta el último momento, pensé como americano, y yo espero descender al sepulcro pensando como americano. (pp. 299-300)

Ese mismo criterio puede observarse en varios representantes del pensamiento ilustrado en los que se articula adecuadamente el amor por aquella región de este continente, donde habían nacido y desarrollado su vida con el del conjunto de todos los pueblos que conformaban lo que luego varios autores identificarían como “nuestra América”. Este es el caso también del sacerdote mexicano Pedro José Márquez (1985), quien en 1808 consideraba:

La suerte de un pueblo consistirá, pues, en haber adoptado los más sabios principios para que con ellos se instruya y ejercite su juventud, y de acuerdo con los cuales se dirija y gobierne la comunidad y cada uno de sus individuos. Que la nación mexicana gozó de tal suerte en su tiempo, se deducirá de las luces que —aislada, como estaba, y lejanísima del Asia y de la Europa— había adquirido luces tales, que no podían no ser causa o efecto de no vulgares instrucciones. (p. 443)

Este mismo pensador sostuvo que el verdadero filósofo

(...) es cosmopolita (o sea ciudadano del mundo), tiene por compatriota a todos los hombres y sabe que cualquier lengua, por exótica que parezca, puede en virtud de la cultura ser tan sabia como la griega, que cualquier



pueblo por medio de la educación puede llegar a ser tan culto como el crea serlo en mayor grado. Con respecto a la cultura, la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción –enseña la filosofía–, en todo clima el hombre es capaz de todo. (1962, p. 133)

El impulso a las instituciones educativas, y en especial a las universidades, sin duda constituyó un factor favorecedor de cultura de identidad al promover un mejor conocimiento, no solo de otras civilizaciones y pueblos del orbe, sino también de este continente. Pero lo más importante es que propiciaría la formación de nuevas generaciones de profesionales, no solo dedicados a la actividad eclesiástica, como había sido lo más común en épocas anteriores. De las filas de esos jóvenes que se formaban en el inquieto espíritu estimulado por la Ilustración surgirían aquellos que asumirían un protagonismo cada vez mayor en la transformación cultural y finalmente política de los pueblos latinoamericanos.

En el caso del Nuevo Reino de Granada, Renán Silva (1992) indica cómo se fue gestando en las instituciones educativas un “nuevo pensamiento”:

No se trata de que la universidad colonial hubiera sido el *único o principal* centro de recepción de las novedades ilustradas, ni mucho menos que tal proceso de apropiación hubiera sido adelantado con su beneplácito y venia, y sin luchas que expresaron cierto dramatismo. Pero no puede dejar de reconocerse que a partir de 1768 los exponentes del «nuevo pensamiento», primero como escolares y luego como docentes, tuvieron bajo su control las instituciones educativas, ocupando en muchas ocasiones los puestos de dirección. (p. 118)

Sin duda, el despotismo ilustrado de Carlos III contribuyó a que en las colonias hispanoamericanas se promoviera un ambiente cultural y educativo que favoreció el desarrollo de las ciencias y las artes, y ello incidiría de algún modo en la consolidación de la conciencia de nacionalidad y, a la larga, en la mejor comprensión de los elementos que identificaban a los pueblos de los distintos virreinos y capitanías, por distantes que estuviesen.

Al pensamiento ilustrado hay que reconocerle el extraordinario mérito de haber aportado instrumentos de reflexión teórica adecuados para justipreciar los valores contenidos en los pueblos latinoame-



ricanos, en especial en sus civilizaciones ancestrales, lo que permitió poder refutar las anticientíficas y racistas concepciones que discriminaban no solo a los habitantes, sino hasta los animales y plantas de estas tierras.

Contra aquellos que se apoyaban en Montesquieu para subestimar las cualidades de los pueblos de países cálidos (Azedero, 1977, p. 76)⁴, el economista brasileño José Joaquim da Cunha de Azeredo Coutinho (1977) respondería:

(...) no es la fibra, más o menos fuerte, ni los grados de calor de éste o aquél clima, lo que decide la fuerza y el coraje de éstos o de aquéllos pueblos: la educación, las costumbres, el comercio, las leyes, la disciplina, los mismos vicios, los errores, las opiniones, aunque sean falsas, y otras muchas circunstancias, son las que deciden la suerte de los imperios. (p. 87)

De esta forma, con argumentos sólidos, nutridos de sus estudios del pensamiento ilustrado, contribuía a desmontar la fatalista concepción del determinismo geográfico, que presentaba como un obstáculo por salvar para que los pueblos latinoamericanos se planteasen y emprendiesen su emancipación.

Algunos años después de los célebres debates de De las Casas, Vitoria, Sepúlveda, Montesinos y otros cronistas de Indias sobre la condición humana de los indígenas, este tema fue languideciendo y no ocupó la mayor atención en la vida sociopolítica y académica de la península ni en las colonias. Sin embargo, el pensamiento ilustrado contribuyó decisivamente a retomar la cuestión de la reivindicación de los valores vernáculos de los pueblos originarios, y en particular, las cualidades de sus hombres y mujeres. Una prueba de ello se encuentra en el fiscal español Victoriano de Villava (1979), quien, trasladado a Perú y luego a Argentina, se convertiría en un crítico de la cruel explotación a que eran sometidos los indígenas en las minas, y enfatizaría sus cualidades similares a las de los hombres de otras regiones, por lo que atribuía a la falta de educación sus falencias de protagonismo social. En consecuencia, planteaba:

4. "DICE MONTESQUIEU que el hombre del país caliente es flojo, débil, medroso, hasta incluso sin espíritu porque, dice él, tiene las fibras muy flojas; y para dar una prueba de esta afirmación suya, dice que se ponga a un hombre en un lugar caliente y cerrado y se verá que cae en un abatimiento muy grande del corazón; he aquí toda la fuerza del argumento de Montesquieu y de los sectarios del sistema de los climas, sistema con el cual se pretende dictar leyes a las naciones, religión a los hombres, y decidir sobre la fuerza".



La educación hace del hombre lo que quiere, y un indio trasplantado a Londres podía ser un constante y elocuente miembro del partido de la oposición como criado en Roma, un defensor sagaz de las preeminencias de la curia. De esta verdad tenemos ejemplos vivos, sin necesitar de ratiocinar sobre casos hipotéticos. Volvamos los ojos a los países de las misiones establecidas por los jesuitas, y nos presentarán unas comunidades sencillas, trabajadoras, industriosas, libres del trato y por consiguiente de la corrupción europea, y en fin un modelo de perfección en la política que tal vez será el pasmo de los pensadores de los siglos venideros, los cuales puede ser que se inclinen a no creer estos establecimientos, porque ya no quedarán vestigios de ellos, pues a pesar de las más eficaces y bien meditados providencias de esta superioridad es casi un imposible que haya una seguida de gobernadores y curas que piensen como los jesuitas, ni sigan el sistema político adaptado por el gobierno. Si los indios, pues, son capaces de llevar una vida laboriosa no obstante de trabajar para el común, y de no esperar la mejora de su fortuna particular por más que sea su industria superior a la de otros, ¿qué sería cuando confiados en las leyes se persuadieran de que aseguraban para sí y sus hijos cuanto adquirieran? (pp. 216-217)

Resulta evidente que con esta inquietante pregunta De Villava contribuía a sentar bases de confianza en las potencialidades emancipadoras de los indígenas y su posible futuro protagonismo en los procesos independentistas. Por esas ideas humanistas, divulgadas a fines del siglo XVIII en el Cono Sur, tendría gran influencia en los gestores de la independencia, del mismo modo que en el liberalismo español.

Uno de los precursores de la independencia chilena, Manuel de Salas (1979), aportaría también a la reivindicación de los pueblos originarios al sostener:

Es, a la verdad, de admirar que esté desierta una tierra que corresponde con prodigalidad al cultivo, donde la fecundidad de las mujeres es grande, en que continuamente se establecen forasteros, siendo raro el natural que sale, y donde ni la guerra ni la marina consumen hombres. Pero es aún más portentoso que entre los habitantes de un país tal, cuyo moderado trabajo alimenta a otros pueblos, se hallen muchos cercados de necesidades, pocos sin ellas, y raros en la abundancia. Nada es más común que ver en los mismos campos que acaban de producir pingües cosechas, extendidos para pedir de limosna el pan, los brazos que las recogieron, y tal vez en el lugar donde acaba de venderse la fanega de trigo a ínfimo precio en la era. Quien a primera vista nota esta contradicción, si se deja llevar del espíritu decididor



de los viajeros, desata luego el enigma, concluyendo que la causa es la innata desidia, que se ha creído carácter de los indios y que ha contaminado a todos los nacidos en el continente, aumentada y fomentada por la abundancia; o más indulgente, buscando causas ocultas y misteriosas, lo atribuye al clima; pero ninguno se toma el trabajo de analizar, ni se abate a buscar razones más sencillas y verosímiles. La flojedad y molicie que se atribuye a estos pueblos es un error; sí, Excmo. Sr., es un error que he palpado muchas veces y he hecho observar a hombres despreocupados. Todos los días se ven en las plazas y calles jornaleros robustos, ofreciendo sus servicios, malbaratándolos a cambio de especies, muchas inútiles y a precios altos. Se ven amanecer a las puertas de las casas de campo, mendigando ocupación, y sus dueños, en la triste necesidad de despedirlos. (p. 222)

El hecho de que ya no fuesen solo intelectuales de origen indígena –como Garcilaso de la Vega o Guamán Poma de Ayala– quienes tratasen de reivindicar la condición humana y, por tanto, los derechos de los indígenas, sino también criollos e incluso españoles radicados en estas tierras, en particular sacerdotes jesuitas, dio lugar a que la Ilustración desempeñase un papel protagónico para comprender y definir mejor la identidad del mestizaje de los pueblos de este continente.

Es sabido que la expulsión de los jesuitas de América tuvo múltiples causas, en particular su subordinación al Papa y no al rey, así como la labor política, económica y social que desplegaban, especialmente en sus misiones, que se fueron convirtiendo en ciudades, una especie de micro-estados autónomos, pero su función desveladora de la ancestral riqueza de las civilizaciones precolombinas (Méndez, 1982, p. VIII)⁵, como Clavijero en el caso de México, eran sutiles ingredientes de reivindicación de la dignidad de los indígenas y, por tanto, de la mayoritaria población mestiza. En tal sentido, algunos jesuitas contribuyeron a conformar esa especie de conciencia nacional criolla en varios países, como sostiene Sergio Guerra (2001, p. 89)⁶.

5. “Pero ninguno ha realizado tan plenamente ese paradigma superior de humanismo como aquella falange de ilustres jesuitas desterrados que, en la segunda mitad del XVIII, maduraron culturas auténticas y visceralmente mexicanas e hicieron irradiar sobre el mundo, desde la docta Bolonia, el esplendor del humanismo criollo”.

6. “El desencuentro entre las metrópolis europeas y las colonias americanas se acentuó como resultado de la formación de una especie de conciencia “nacional” criolla y de una ideología que apuntaba al separatismo, al conjunto de la influencia de la ilustración. Manifestación de este fenómeno fue el creciente interés de la aristocracia y la intelectualidad de este continente por las letras y las ciencias naturales, particularmente el estudio de la flora y la fauna autóctonas, en lo que se destacó el jesuita chileno Juan Ignacio Molina. En ese contexto aparecieron los primeros periódicos, portadores de nuevas ideas y convicciones americanistas, y las sociedades económicas de amigos del país. Paralelamente cobraba fuerza la búsqueda de raíces propias y el estudio de las culturas precolombinas, tal como hiciera el jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero [...]”.



De manera inconsciente o plenamente consciente contribuyeron a la consolidación de una cultura de resistencia frente al poder colonial dominante.

La osada labor de Clavijero (1985) al estudiar a los pueblos originarios estaba dirigida no solo a reivindicar sus valores, sino también a contribuir de alguna forma a la construcción de conciencia patriótica, como revela al plantear:

La historia antigua de México que he emprendido para evitar la fastidiosa y reprensible ociosidad a que me hallo condenada, para servir del modo posible a mi patria y nación y para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de modernos escritores de la América (...). (p. 331)

Tenía plena convicción de que la predominante consideración de que los indígenas eran humanamente inferiores a los europeos afectaba a todos los mestizos y criollos descendientes de ellos, por lo tanto, dignificarlos significaba enaltecer la dignidad e identidad propia de estos pueblos en un sentido más amplio, como se desprende de esta reflexión:

Pero tratar a los mexicanos y peruleros como a los caribes y los iroqueses, no hacer caso de su industria, desacreditar sus artes, despreciar en todo sus leyes, y poner aquellas industriosas naciones a los pies de los más groseros pueblos del antiguo continente, ¿no es esto obstinarse en el empeño de envilecer al Nuevo Mundo y a sus habitantes, en lugar de buscar la verdad como debía hacerlo según el título de su obra? (p. 339)

La labor de Clavijero no fue aislada, sino coauspicada por otros ilustrados mexicanos, como José Antonio Alzate (Navarro, 1983, pp. 183-184)⁷, quienes aportaron también valiosos análisis reivindicadores de la grandeza, también, por qué no, clásica de las culturas prehispánicas (Moreno, 1984, pp. 331-332)⁸.

7. “Todos los pensadores modernos e ilustrados de esa época, así como algunos anteriores, empezaron a tener entonces la conciencia de un nuevo pueblo y de una nueva patria, que a ellos les tocaba afirmar y defender. Esto se explica, fundamentalmente, por la madurez intelectual que entonces se logró y que produjo una cultura autóctona independiente. Ahora bien, era natural que si tenían la conciencia de algo propio, lo defendieran y lo sostuvieran. Por esto una de las misiones más importantes que Alzate se propone en sus gacetas, es defender a México y su cultura y civilización contra todos aquellos “ímpíos calumniadores de su patria” –son palabras suyas–, que muchas veces, sin haber puesto un pie en estas tierras, se atrevían a afirmar las cosas más absurdas, extravagantes y dañosas para la fama y honra de México”.

8. “Lo novedoso fue el descubrimiento de un clásico propio. En colecciones documentales, en esfuerzos de traducción y comprensión de cosas que aún hoy nos son incomprensibles, en redacción de múltiples libros y ensayos, nuestros ilustrados percibieron que la cultura prehispánica era más



Tales reconocimientos se harían extensivos a otras regiones del continente con mayoritaria población indígena, que de alguna forma rememoraría la grandeza y extensión no solo de grandes civilizaciones como la maya, inca o azteca, sino también otras como la muisca, guaraní, mapuche, etc., las cuales integraban a múltiples pueblos, por lo que se constituían en un potencial referente emancipador y de reivindicación de los pueblos del *Abaya-yala*.

Otro de los precursores de la emancipación latinoamericana, el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier (1986), destacaba el carácter mucho más humano de la esclavitud entre los aztecas, en comparación con la impuesta por los españoles, al plantear:

Ya que los españoles son tan filantrópicos, ¿por qué, ya que toda la Europa ha abolido el tráfico de carne humana para hacer esclavos, los españoles se obstinan todavía en mantenerlo, y no se avergüenzan de que el carnívoro Moctezuma les excediese en humanidad, donde se atravesaba su falsa religión? No nacía entre los indios esclavo alguno; pero podía una familia hacer tal el uno de los suyos para su remedio. No que este esclavo dejase de tener casa y bienes propios, ni que trabajase siempre para el amo, sino sólo una temporada, ni que fuese uno siempre el esclavo, sino uno de la familia que se había obligado. Con todo parecióle a Moctezuma intolerable esta esclavitud perpetua en una casa, y a ejemplo de Nezahualpilli, rey de Tezcoco, la abolió en 1505, año de mucha hambre, en que por consiguiente las familias tendrían más precisión de hacer este género de alquileres. (p. 823)

El hecho de que los ilustrados latinoamericanos reivindicaran los valores de las civilizaciones originarias favorecería en cierta forma la toma de conciencia de que los pueblos latinoamericanos poseían capacidad suficiente y valores humanos para autogobernarse, pues no dependían exclusivamente de las instituciones europeas para desarrollar formas de gobierno propias.

Al sustentarse la tesis de que los indígenas –del mismo modo que en mayor medida luego se reconocería también en el caso de los esclavos

próxima y en muchas maneras más legítima. Con muchos menos recursos que los europeos para sus labores, sin demasiados precedentes, nuestros historiadores del XVIII se afanaron en aplicar la nueva perceptiva racionalista y crítica a la historia de los naturales de esta tierra. Muy pocos vieron impresos los productos de sus fatigas y quizá ninguno percibió el componente revolucionario que tal tipo de esfuerzos implicaba. Nuestro particular humanismo ilustrado cumplió cabalmente su papel: nos legó un rostro y nos dio una raíz. Con la ceguera propia y legítima de quien busca su filiación, fincó para nosotros la ideología revolucionaria que recuperó –tal vez para siempre– la historia de un pueblo mesoamericano, el mexica, como la raíz de nuestras raíces”.



de origen africano— poseían cualidades de inteligencia en esencia similares a las de los europeos, con las lógicas diferencias individuales que existen en todos los pueblos del mundo, se estaba sentando el precedente de que estos podrían no solo ser súbditos del rey, como había sido planteado con anterioridad, sino ciudadanos con plenos deberes y derechos, al igual que los criollos y peninsulares. Por supuesto, esto significaba un potencial peligro para la estabilidad del despótico poder colonial. A la vez, constituía una premisa necesaria para establecer recíprocas relaciones de colaboración y finalmente de integración entre los pobladores de toda la América hispano-lusitana.

Resulta muy significativo que el precursor de la independencia y la integración latinoamericana, Francisco de Miranda —quien una vez derrotada España proponía se conformara una unión de todos los pueblos sudamericanos en lo que ya desde 1788 denominaba *Colombia* (Miranda, 1982, pp. 93-94)⁹—, haya planteado romper con la terminología política eurocéntrica en su Proyecto de Gobierno Provisorio al sugerir cómo debía denominarse su futuro mandatario: “Los miembros del Poder Ejecutivo tendrán el título de *Incas*, nombre venerable en el país. Uno de los Incas permanecerá constantemente en la ciudad federal, cerca del Cuerpo Legislativo, y el otro recorrerá las Provincias del Imperio” (p. 290).

Carmen Bohórquez (2009) fundamenta adecuadamente las razones que condujeron a Miranda para tal denominación, pues

(...) el nombre Inca propuesto por Miranda es “un nombre muy querido en Sur América”». Es decir, la escogencia de este nombre obedece a una razón cultural y no a la de una supuesta preferencia de Miranda por el régimen monárquico; siendo únicamente su pretensión designar, con un nombre no europeo, al primer magistrado de la república naciente, tal como hoy se le designa con el nombre de presidente. (p. XXXVI)

De manera que la reivindicación cultural de los valores de los pueblos originarios estuvo muy presente en las ideas independentistas e integracionistas de los ilustrados latinoamericanos. Un hecho que no debe subestimarse al respecto es que en el proceso de “transculturación” que se llevó a cabo, tanto en las colonias americanas como en

9. “Permítame expresarle mi muy humilde y sincero agradecimiento por las bondades que V.A.S. generosamente tuvo a bien dispensarme en su Corte de Sleswíg y que mi gratitud nunca podría olvidar. Si el vaticinio favorable que el generoso corazón de V.A. tuvo a bien formular para la desafortunada Colombia, no lograra nunca plasmarse, yo no dejaría por eso de mantenerlo informado, al estar más cerca del lugar y con la posibilidad de cabal observación que me brinda este retiro”.



la metrópoli, algunos de los valores de los pueblos originarios, entre los cuales se destaca la lengua, llegarían paulatinamente a permear también la cultura del conquistador (Bayon, 2011, p. 17)¹⁰.

En el siglo XVIII se incrementaría la crítica a la esclavitud de los africanos. El peruano Miguel de Lastarria (1979) –quien por sus avanzadas ideas fue reprimido por la Inquisición y expulsado como profesor de Derecho natural y de gentes de la Universidad de San Felipe en Santiago de Chile– elaboró sólidos argumentos para cuestionar las justificaciones esgrimidas respecto a la esclavitud, y en 1800 sostuvo:

El Brasil mismo, por la desidia de los europeos, y por la repugnancia de sus indígenas al verse violentados en el lugar de su nacimiento, no mereció la mayor atención de su metrópoli hasta que los infelices negros regaron aquel suelo con su sudor (asentamos que ellos son más propios que los indios y que los blancos para el trabajo de la agricultura de la América). Si infelizmente se cambiara el rol de la esclavitud y falta de consideración humana, y fuéramos al África, dirían también sus naturales que los blancos o los indios son más a propósito que los negros para el trabajo de la agricultura de aquella desgraciada parte del mundo antiguo. (p. 146)

Los reivindicadores de la condición humana de indígenas y afrodescendientes estaban, de manera consciente o inconsciente, sentando algunas bases para el reconocimiento de esta representativa parte de la población en relación con su posible protagonismo en la futura vida republicana. En ese aspecto el papel de la Ilustración latinoamericana contribuyó a crear bases ideológicas favorables al futuro proceso independentista, orgánicamente articuladas con la cultura integracionista.

Llama la atención que algunos ilustrados en Latinoamérica, conocedores de la inhumana situación de los indígenas y esclavos al poseer un mejor conocimiento de la realidad en que vivían, advirtieran al rey de las posibles consecuencias de esta situación, la cual incluso podría poner en peligro el imperio español. Ese es el caso de Victorino Montenegro, en el Perú, cuando afirma:

10. “Nuestra débil formación latinista encontró una dificultad adicional en las características peculiares que adquirió la expansión del latín en Hispanoamérica durante los siglos XVII y XVIII. Este período no solo correspondió al ascenso de las lenguas romances, sino también al encuentro con las lenguas amerindias que impactaron el propio latín clásico y que en nuestro medio dio lugar a una suerte de “latiñol” (y en algunos casos hasta de un “latino-quechuañol”), en cuyo léxico y sintaxis barroca es casi imposible orientarse en la traducción, exclusivamente por diccionarios o gramáticas clásicas latinas”.



Es cierto que a los eminentes consejeros y estadistas de V. Mag. en la Corte, no les parecerá bien los arbitrios que se proponen porque son extraños de las máximas comunes con que se regían los reynos de Europa; pero en el caso de que mal les parezca, contemplen que un Nuevo Mundo necesita de nuevas ideas, y que el mayor de los entendimientos que habita a tres mil leguas, del centro de la dificultad, no puede con su diversa teórica, igualarse a los aciertos con el más rústico, que escribe con la práctica: saca sus líneas del mismo centro, tiene conocimiento de toda la esfera, que describe, y se ha proporcionado a el genio, y efectos de los naturales, de que se compone este Reyno, mixto de españoles, indios y etíopes; y de estos tres simples, otros muchos mixtos que varían en las inclinaciones y emulación, que todo compone peligro y disonancia, por lo mal avenidos que se mantienen los Españoles que mandan como dueños, los indios que sufren la pena y el desprecio; y los etíopes que reman a la afligida cadena de la esclavitud, opresiones que son conducidas de la queja a la presencia de Dios, quien muda los agravios en Justicia, a el precio de la destrucción de los reynos. (V. 25)

En igual medida la Ilustración contribuyó a la conformación inicial de la identidad regional y nacional de los pueblos latinoamericanos, pues aunque el proceso de consolidación de los Estados nacionales aún estaba en fase germinal –porque no solo dependía de factores económicos, sociales y culturales endógenos muy diferentes en cada región–, el factor político del logro de la independencia política sería determinante. Sin embargo, es sabido que esta tampoco propició de inmediato que estos se constituyesen propiamente, pues en muchos países no se produjeron cambios sustanciales en el plano socioeconómico e ideológico al prevalecer, por lo general, el poder de los conservadores sobre los liberales.

Aunque España había mantenido un férreo centralismo político y económico que impedía que los virreinos y capitanías mantuvieran intercambios comerciales entre sí (Baquijano, 1977, p. 19)¹¹, estas reglamentaciones eran frecuentemente violadas, unido ello al contrabando que propiciaba, además de la importación de numerosos

11. “La España, en la ilusión de su prosperidad y en el quimérico designio de apropiarse exclusivamente las riquezas y producciones del Nuevo Mundo que acababa de adquirir, no sólo prohibió toda negociación con el extranjero; pero aun embarazaba el giro que podían formar entre sí los mismos naturales, pues aunque por la real cédula de Carlos I de 15 de enero de 1529 debía distribuirse el comercio de Indias entre varios puertos del océano y Mediterráneo, para que alcanzase su provecho a todas las provincias de la Corona de Castilla, pero obligándose con pérdida de la vida y bienes a que los retornos fuesen precisamente a la Casa de Contratación de Sevilla, llegó por esa restricción a imposibilitarse el efecto del general permiso, apropiándose muy presto aquel comercio la exclusiva de que sólo de su río se navegase a la América”.



productos de otros países europeos, la divulgación de libros prohibidos por la Inquisición y otras autoridades. Tales nexos favorecerían un mejor conocimiento de los avances de otros pueblos en el espíritu ilustrado.

La exigencia de apertura comercial por parte de múltiples empresarios criollos y otros funcionarios constituyó también un antecedente de la justificación de futuros procesos integracionistas, como se puede observar en el hacendado azucarero cubano Francisco de Arango y Parreño (1799) al plantear:

El hombre civilizado, o al menos, el hombre actual de la América y Europa, sujeto por la costumbre a tantas necesidades, no puede, con su trabajo ni con el de sus conciudadanos, satisfacerlas todas. Siempre ha de depender en algo, o más bien en mucho, de otros pueblos y naciones. Y en este caso y estado parece que en aquella ocupación que le sea más productiva, en la que dé más medios de adquirir lo que le falta, de poner a quien lo tiene en la misma dependencia, es lo que debe fijarse. (p. 275)

Los pensadores ilustrados latinoamericanos se percataban muy bien de que no bastaría la independencia, sino que era necesario articularse al mercado mundial para lograr niveles superiores de vida en estos pueblos. A la vez fue gestándose la comprensión de que ante la voracidad de viejos y nuevos imperios resultaba imprescindible la integración.

Este criterio se revela en varias ocasiones en Francisco de Miranda (1792), quien ya en 1797 planteaba:

No es menester emplear la lógica para persuadir al Universo que la América Española necesita de un gobierno propio e independiente de la España y de toda otra potencia del mundo. Su extensión, su población, sus minas, sus otras ricas producciones que tanto interesan al comercio en general de la Europa, pero más en particular al de la muy ilustrada y floreciente nación a quien el infra escrito tiene el honor de hablar en nombre de sus compatriotas: la tintura en las ciencias y el genio para las artes que en los pocos años de su civilización distingue a los naturales de aquellos países, tanto como sus conocidas disposiciones para adelantarse cuanto un gobierno sabio y equitativo les proporcione mediante más hábiles maestros la libertad de desplegar sus talentos: las fuerzas en fin que el ser omnipotente ha permitido poner en nuestras manos para nuestra libertad y defensa y conservación y no para emplearlas en sostener el dominio tiránico que con este objeto las introdujo; todo convida, todo anima



a la Independencia y a no sufrir más tiempo el yugo, un yugo tanto más inicuo cuanto que se extiende a privarnos del más racional e interesante placer del hombre en todos estados que es la concurrencia, comercio y relaciones con sus semejantes .(pp. 188-189)

El ilustre venezolano es, sin duda, uno de los mejores exponentes de ese humanismo práctico que ha caracterizado a los más auténticos intelectuales latinoamericanos, quienes han sabido articular la pluma y la espada, y han convocado a la unión para el logro de conquistas sociales que dignifiquen a sus pueblos cuando las circunstancias lo han exigido. Así se pone de manifiesto cuando en 1808 les escribe a unos magistrados argentinos: “Quiera la Divina Providencia dar a Vss. la unión indispensable, y el acierto que requieren asuntos de tanta magnitud e interés para nosotros mismos y para el género humano en general” (p. 380). Tenía plena conciencia de que la emancipación de los latinoamericanos constituía un peldaño de ascenso al progreso de toda la humanidad, y para lograrla era indispensable la unión.

El considerable incremento de la población urbana en el siglo XVIII y el nacimiento de nuevas ciudades, ciertas aperturas comerciales y comunicativas, así como la creación de instituciones culturales y gremiales, como las diferentes secciones de la Sociedad Económica de Amigos del País, y la creación de numerosos periódicos que contribuirían al conocimiento, tanto de los respectivos países como de sus vecinos (Chiaromonte, 1977)¹², especialmente durante la época del despotismo ilustrado de Carlos III, contribuirían notablemente a la gestación de identidades regionales y nacionales.

Al favorecer la Ilustración el conocimiento científico en general, pero en particular el estudio de la naturaleza y geografía de las diversas regiones de Latinoamérica, así como de la composición étnica y social de sus pueblos –que comenzaron a tener una mayor divulgación por la imprenta y la aparición de diarios y revistas, aun cuando la

12. “Pero, además, entre los sectores urbanos se difunde también el interés por la lectura, tanto como medio de información económica y política, como de recreación en los relatos y descripciones de las costumbres de pueblos extranjeros. Es entonces característico de la época la aparición, en las principales ciudades coloniales, de aquellos periódicos que como el *Papel Periódico de La Habana* (1790-1804), el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* de Bogotá (1808-1811), las *Gacetas de la Literatura de México* (1788-1895), el *Diario de México* (1805-1817), la *Gaceta de México* (1784-1809), el *Mercurio Peruano* (1791-1795), las *Primicias de Quito* (1791), *El Telégrafo Mercantil* (1801-1802) y demás periódicos rioplatenses, constituyen, entre otros, uno de los principales medios de divulgación de la cultura ilustrada en la sociedad colonial. En algunos casos, son paralelas a estas publicaciones las versiones locales de las Sociedades Económicas, como ocurre con la Sociedad Económica de La Habana (1792) y el *Papel Periódico* de la misma ciudad (1790), con la Sociedad de Amantes del País (c. 1789) y el *Mercurio Peruano* (1790), con las *Primicias de la Cultura de Quito* y la Sociedad Patriótica de Amigos del País de la misma ciudad (1791)”.



mayoría de la población era analfabeta—, se fue conformando un mayor sentido de identidad.

Esta preocupación por poner el pensamiento en función de ser útil al conocimiento de la realidad latinoamericana se expresó también en la transformación que se opera en la filosofía, especialmente en la crítica a la escolástica y a la metafísica, al tratar de que esta contribuyese en algo a la construcción de la identidad de estos pueblos (Rojas, 2015, p. 43)¹³.

Por supuesto, para que pueda desarrollarse una cultura integracionista, ante todo un pueblo debe haber conformado antes un sentido de identidad. En la medida en que la Ilustración propició tales investigaciones científicas y su divulgación en sus respectivos países, contribuiría a sentar las premisas necesarias para promover luego ideas de identidad y también de integración.

Las propuestas de modernización de la infraestructura económica y tecnológica —al tratar de articularse con la Revolución Industrial, como era el caso de la producción azucarera con la introducción de la máquina de vapor—, así como la promoción de nuevas instituciones educativas y culturales, con la creación de nuevas universidades, como la primera laica en el continente en México, favorecieron las condiciones para la lucha contra todo lo ideológicamente vetusto, como el uso del latín. Incluso, la Iglesia católica comenzó a ofrecer las misas en castellano y portugués en el caso de Brasil.

Unas transformaciones repercutían inmediatamente sobre otras. Así, la sustitución de la mano de obra humana por las máquinas trajo consigo propuestas para la eliminación de injustas formas de esclavitud de los africanos y sus descendientes, aunque la efectividad de la abolición de este flagelo se produciría en muchos casos posterior a las guerras independentistas. La activa participación de los afrodescendientes en esta últimas implicó algunos cambios en cuanto a la consideración de su protagonismo en la historia latinoamericana, aunque lamentablemente el racismo se mantiene incluso en la actualidad.

La reclamación de derechos de los sectores marginados, no solo indígenas y esclavos negros, sino también de sectores populares, especialmente campesinos y artesanos criollos, dio lugar a innumerables insurrecciones, y aunque en su mayoría eran por motivos economí-

13. “Uno de los principales aportes de la filosofía ilustrada hispanoamericana de la segunda etapa fue la de concebir una filosofía *in situ*, a diferencia de la filosofía universal abstracta; tal filosofía contiene una concepción de la identidad cultural integracionista; sus representantes más significativos son Juan Egaña, Simón Rodríguez, José Cecilio del Valle, Andrés Bello, Simón Bolívar y Servando Teresa de Mier”.



cos y sociales, otros procesos fueron más radicales, como en el caso de conspiraciones que estuvieron articuladas a propuestas precoces de reformas políticas. En el seno de todos estos movimientos siempre aparecieron manifestaciones de reconocimiento de identidad, y en ciertos casos de solidaridad, con algunos similares en otros países, que deben ser considerados como fermentos precoces de cultura integracionista.

La mayoría de los intentos de reformas políticas autonómicas fueron infructuosos, factor este que estimuló la radicalización conducente a las guerras por la independencia, apoyadas, e incluso dirigidas, por miembros de las clases adineradas.

En todos y cada uno de estos elementos desempeñó un papel significativo la Ilustración para la germinación de la cultura integracionista latinoamericana; sin embargo, antes tendría que pasar la prueba de las guerras por la independencia para lograr una mayor consolidación.

Sería iluso sostener que la Ilustración recibió una acogida absoluta en la intelectualidad latinoamericana y no tuvo críticos (Finestrada, 1905, p. 239), del mismo modo que hubo opositores a la independencia, así como a cualquier proceso integracionista. Incluso líderes independentistas, como Camilo Torres Tenorio (1996), no supieron aquilatar el valor de aquel movimiento cultural, al menos cuando expresó:

En cuanto a la Ilustración, la América no tiene la vanidad de creerse superior; ni aún igual a las provincias de España [...] ella no podría hacer rápidos progresos en los conocimientos humanos, cuando no se trataba de otra cosa que de poner trabas al entendimiento. (p. 86)

No faltaron, como sucedería posteriormente y hasta la actualidad, quienes desconocieran o subestimaran los componentes vernáculos en la conformación de la cultura de los pueblos latinoamericanos y se lo atribuyesen todo de forma agradecida a la metrópoli, como es el caso del médico mexicano José Ignacio Bartolache y Díaz Posada (1985), quien traduciría varios libros científicos del español al náhuatl (p. 432)¹⁴.

14. “Entretanto, las Américas, que deben todas sus luces a nuestra España, i a la Europa culta, nunca dexaron de mostrar, que fue maravillosamente frutuoso i útil el trabajo de sus Conquistadores. Quando se contaren veinte o más siglos de conquista, ya se podrá hacer una justa comparación de los dos orbes de asunto de letras; por ahora no es poco el haver hecho acá cualquier progreso: i no podemos dexar de agradecer, que nos celebren con altísimos elogios, por lo que efectivamente se hicieron, i han parecido más que medianos”.



La mayor parte de los investigadores sobre la Ilustración latinoamericana arriban a un balance muy favorable en su papel fermentador de ideas de carácter humanista práctico, en tanto coadyuvó a la consolidación de una cultura emancipadora e integracionista. Así lo reconoce, para el caso de Perú, María Luisa Rivara (2002, p. 285)¹⁵ y en general para toda la América Latina Alberto Saladino (2009, pp. 50-51)¹⁶. Sin embargo, llama la atención que un destacado investigador del pensamiento latinoamericano, y en particular de Argentina, como Oscar Terán (2015), se haya distanciado sustancialmente de ese criterio y reduzca la Ilustración latinoamericana a un simple movimiento cultural, sin mayor influencia en el proceso independentista (pp. 17-18)¹⁷. Por su parte, Daniel Herrera Restrepo ha sostenido el “fracaso de la Ilustración en la Nueva Granada” (1991, pp. 85-86) como si el pensamiento ilustrado no hubiese trascendido de manera efectiva en los próceres de la independencia. Del mismo modo, Eduardo Nicol (1998) planteaba la insostenible tesis de que no hubo una elaboración ideológica previa a las guerras emancipadoras¹⁸.

15. “La incorporación de las ideas de la ilustración constituyó así la base ideológica en que se desarrollaría la ideología de la Emancipación. Al esfuerzo de nuestros ilustrados debemos la formación de una conciencia nacional. A su afán de ilustrar al pueblo sobre su situación y sus derechos debemos su colaboración en la lucha por la Independencia. A sus producciones literarias les debemos los postulados básicos de la revolución. Fueron ellos los encargados de despertar y formar una nueva conciencia en el hombre peruano, conciencia que constituye la razón de nuestra existencia actual como nación amante de la libertad y de la justicia”.

16. “Lo dicho prueba que el arraigo de la Ilustración, en parte, se debe al cambio de perspectiva que se vive durante el siglo xviii en estas colonias, pues hace eco al espíritu de la época y expresa la madurez de la conciencia americanista, para lo cual se estimulará o estará abierto a promover una nueva educación que ya no quede restringida al aula: varios de los prohombres del iluminismo latinoamericano no fungieron como catedráticos, pero usaron sus publicaciones periódicas para forjar nuevas mentalidades, de carácter experimental, como los casos de José Antonio Alzate, Ignacio Beteta, Francisco José de Caldas, Manuel del Socorro Rodríguez, Hipólito Unanue, etcétera. Contribuyeron a la preparación del ambiente de renovación cultural con una orientación americanista, con la cual enfrentaron los obstáculos a que se vieron sometidos los criollos al participar en semejantes tareas académicas; por las descalificaciones promovidas por intelectuales europeos hacia la naturaleza y las sociedades del Nuevo Mundo”.

17. “Entonces, primera evidencia: la Ilustración americana es producto de una corriente intelectual y de una decisión política adoptadas por la metrópoli. Segunda: este hecho limita su carácter crítico ante el poder político de la monarquía y el religioso de la iglesia católica. Por todo ello, no se puede afirmar que la filosofía ilustrada sea una suerte de ideología de las revoluciones independentistas posteriores. Tampoco lo ha sido en la propia Francia con respecto a la Revolución de 1789, ya que la Ilustración se desarrolla durante el Antiguo Régimen [...]. Volveremos sobre este punto al analizar más detalladamente los textos de Mariano Moreno, pero por el momento convendría remarcar que la filosofía de la Ilustración no es la ideología que prepara la Revolución de Mayo, sino que cumple en el Río de la Plata, en otra escala, aproximadamente la misma función que la que desempeña en España, esto es, un movimiento limitado de modernización cultural”.

18. “Por esto no hubo una ideología de Independencia anterior al hecho de la misma, es decir, una doctrina que propugnase tan sólo el ideal de Independencia. La que llamamos ideología de la Independencia tuvo que producirse después del hecho consumado, y tuvo por misión formar en cada pueblo simultáneamente la idea y la realidad de un carácter propio, autóctono y distintivo. La conciencia de ser distinto sólo pudo venir después de la separación”.



La cuestión es no dejarse influir por criterios de unos u otros, sino acudir directamente a las fuentes, es decir, al pensamiento de los ilustrados en América Latina, para arribar a conclusiones propias.

Un estudio de mayor extensión y profundidad, con análisis de un número mayor de pensadores latinoamericanos de esa época, debe ofrecer suficientes argumentos demostrativos de que no se trató de un simple movimiento cultural, sino que trascendió al plano ideológico, político y social, al influir sustancialmente en los actores del proceso independentista, pues incluso en numerosos casos se trataba de intelectuales ilustrados que participaron de forma muy activa en la consolidación de la gesta libertadora y en los gérmenes integracionistas.

Afortunadamente, las fuerzas del progreso triunfarían sobre el colonialismo, del mismo modo que la cultura integracionista, con sus altibajos, ha ido alcanzando hasta hoy distintas formas de expresión. En la actualidad también la cultura integracionista encuentra obstáculos y opositores; la historia será la encargada, como lo ha hecho siempre, de determinar quiénes han tenido la razón.

Referencias

- Clavijero, F. (1985). Historia antigua de México 1780. En I. Monal (Ed.), *Las ideas en América Latina* (p. 331, TII). La Habana: Casa de las Américas.
- Da Cunha de Azeredo, J. (1977). Ensayo económico sobre el comercio de Portugal y sus colonias. En J.C. Chiaramonte (Ed.), *Pensamiento de la ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII* (p. 76). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Miranda, Francisco de (1982), *América espera*. Selección, prólogo y títulos J.L. Salcedo Bastardo. Caracas; Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Escobar, J.C. & Maya, A. L. (2006). Las ideas ilustradas en Colombia: nuevas rutas, múltiples direcciones. *Nuevo mundo, mundos nuevos*, (6).
- Guadarrama, P. & Perelguin, N. (1998). *Lo universal y lo específico en la cultura*. La Habana: Editora de Ciencias Sociales, 1990; Bogotá: Universidad INCCA de Colombia.
- Guadarrama, P. (2012) La reflexión antropológica en la escolástica latinoamericana. En P. Guadarrama (Ed.), *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia* (pp. 178-206, T. 1). Bogotá: Università degli Studi di Salerno-Universidad Católica de Colombia-Planeta.



- Guerra, S. (2001). *Historia mínima de América*. La Habana: Editorial Félix Varela.
- Herrera, D. (1991). José Félix de Restrepo, filósofo ilustrado. *Ideas y Valores*, 40(85-86), 19-36.
- Márquez, P.J. (1962). El filósofo, ciudadano del mundo. En G. Méndez (Ed.), *Humanistas del siglo XVIII*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Márquez, P.J. (1985). Dos momentos antiguos de la arquitectura mexicana (1804). En I. Monal (Ed.), *Las ideas en América Latina*. La Habana: Casa de las Américas.
- Marquínez, G. (1982). La ilustración en Colombia. En *II Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana*. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Méndez, G. (1962). Introducción. En G. Méndez (Ed.), *Humanistas del siglo XVIII* (p. VIII). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mier, S. T. de. (1986). Quejas de los americanos. L. Zea (Ed.), En *Ideas en torno de Latinoamérica* (V2, p. 823). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Miranda, F de. (1982). Carta a C. Landgrave, Príncipe de Hesse (Hamburgo, 11 de abril de 1788). En *América espera* (pp. 93-94). Caracas: Biblioteca Ayacucho
- Monal, I. (1985). *Las ideas en América Latina*. La Habana: Casa de las Américas.
- Moreno y Escandón, F. (1982). Nuevo método para los estudios de filosofía. En G. Marquínez (Ed.), *Filosofía de la ilustración en Colombia* (p. 62). Bogotá: El Búho.
- Moreno, R. (1984). Humanismo y ciencias en el XVIII. En C. Herrejón (Ed.), *Humanismo y ciencia en la formación de México* (pp. 331-332). México: El Colegio de Michoacán.
- Navarro, B. (1983). *Cultura mexicana moderna en el siglo XVIII*. México: UNAM.
- Nicol, E. (1998). *El problema de la filosofía hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo J. (1981). *La integración de América Latina*, Bogotá: El Búho.
- Paladines, C. (1991). *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*. México: UNAM.
- Restrepo, J. F. (1982). Los estudios de filosofía 1791. En G. Marquínez (Ed.), *Filosofía de la ilustración en Colombia* (pp. 331-332). Bogotá: El Búho.



- Rodríguez, M del S. (1982). Cultivo del idioma patrio 1791. En G. Marquínez (Ed.), *Filosofía de la ilustración en Colombia* (p. 105). Bogotá: El Búho.
- Roig, A.A. (1982). Momentos y corrientes del pensamiento humanista durante a colonia hispanoamericana: renacimiento, barroco e ilustración. *II Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana*. Bogotá: Universidad Santo Tomas.
- Salas de, M. (1979), Representación. En J. C. Chiaramonte (Comp.), *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Santa Cruz y Espejo, E. (1981). *Obra educativa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho
- Silva, R. (1992). *Universidad y sociedad en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Banco de la República.
- Varela, F. (1997). *Obras*. La Habana: Editorial Cultura Popular.
- Villava, V.de. (1979). Discurso sobre la mita de Potosí. En J. Chiaramonte (Comp.), *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII* (pp. 216-217). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Vitier, C. (1999). *Resistencia y libertad*. La Habana: Unión.
- Zea, F.A. (1982). Avisos de Hebephilo. En G. Marquínez (Ed.), *Filosofía de la ilustración en Colombia* (pp. 95-96). Bogotá: El Búho.